ADELANTE

REGISTRADO COMO ARTICULO DE SEGUNDA CLASE EN LA ADMINISTRACION DE CORREOS DE MEXICO EL 19 DE AGOSTO DE 1924

DIRECCION Y ADMNISTRACION
CALLE DE TACUBA, 15 ALTOS
DIRECTOR: MANUEL ALBAR
FRANQUEO CONCERTADO

AÑO VI • NUM. 136 • MEXICO, D. F., 15 FEBRERO DE 1948 • PRECIO: 25 CENTAVOS

FECHAS CUMBRES

CENTENARIO DEL MANIFIESTO COMUNISTA

por Indalecio PRIETO

Acaba de cumplirse el primer centenario de uno de los documentos más famosos en la historia política y social del mundo. En noviembre de 1847, reunida en Londres la sociedad obrera internacional, de carácter clandestino, llamada Liga de los Comunistas, encargó a Carlos Marx y Federico Engels, miembros de ella, la redacción de un programa que debía ser "a la vez teórico y práctico", y en enero de 1848, hace justamente un siglo, se publicó el Manifiesto, primitivamente editado en alemán y muy pronto traducido al francés, ruso, inglés, polaco y otros idiomas europeos. La versión castellana apareció décadas más tarde, a raíz de constituirse el Partido Socialista Obrero Español, cuyos fundadores tuvieron por guía a Pablo Lafargue, yerno de Carlos Marx, de origen francés, pero nacido en Santiago de Cuba. Lafargue, fiel a palabra que se había dado a sí mismo de no pasar de los setenta años por no parecerle razonable soportar achaques de la vejez, se suicidó al cumplirlos, envenenándose juntamente con su esposa, la hija de Marx, que no quiso sobrevivirle.

JUVENTUD Y VEJEZ DEL DOCUMENTO

En junio de 1872, Carlos Marx y Federico Engels, en el prólogo que escribieron para una de tantas ediciones que iban haciéndose en Londres, dijeron: "Aunque las condiciones hayan cambiado mucho en los últimos veinticinco años, los principios generales de este Manifiesto conservan todavía, en conjunto, la mayor exactitud. Algunos puntos deberían ser retocados. El mismo Manifiesto explica que la aplicación de los principios dependerá, en todo momento, de las circunstancias históricas existentes y que, por tanto, no debe darse mucha importancia a las medidas revolucionarias enumeradas al final del capítulo II. Este pasaje sería redactado hoy de muy distinta manera en más de un punto. Dado el desenvolvimiento colosal de la gran industria en los últimos veinticinco años y la organización de la clase obrera en partido, que se desenvuelve paralelamente; dadas las experiencias de la revolución de febrero y, sobre todo, de la Commune de París, que elevó por primera vez al proletariado, durante dos meses, al Poder público, este programa aparece envejecido en ciertas partes. La Commune ha demostrado principalmente que no basta con que la clase obrera se apodere de la máquina del Estado para hacerla servir a sus propios fines."

¿Hasta qué punto considerarían sus autores envejecido el documento ahora, después de cien años? Probablemente, mantendrían íntegra la crítica del sistema capitalista, que es parte fundamentalísima del documento y que permanece joven por sus indiscutibles aciertos. Pero, conforme apuntan, modificarían las medidas revolucionarias propuestas en el capítulo II, que ya estimaban parcialmente inadecuadas el año 1872, y no, ciertamente, porque estuvieran faltas de flexibilidad. Aquí conviene recordar que muchos marxistas del día, mal compenetrados con las ideas de su padre espiritual, muéstranse inflexibles, atribuyéndolas una rigidez de que carecen. Al formular las mencionadas proposiciones revolucionarias, Marx y su colaborador advirtieron: "Estas medidas, entiéndase bien, serán muy diferentes en los diversos países." Por tanto, cuando, diciéndose fidelísimos abanderados del marxismo, los comunistas decretaron desde Moscú, en 1921, reglas comunes de acción para todos los países, desertaron de la táctica marxista.

¿En qué consisten las medidas revolucionarias? Citémoslas: expropiación de la propiedad territorial y aplicación de su renta a los gastos del Estado; impuesto fuertemente progresivo; abolición de la renta; confiscación de las propiedades de emigrados y rebeldes; centralización del crédito en manos del Estado por medio de un Banco nacional en que el capital pertenecerá al Estado y gozará de un monopolio exclusivo; centralización en manos del Estado de todos los medios de transporte; multiplicación de las manufacturas nacionales y de los instrumentos de producción; roturación de los terrenos incultos y mejoramiento de las tierras cultivadas, según un sistema general; trabajo obligatorio para todos; organización de ejércitos industriales, particularmente para la agricultura; combinación del trabajo agrícola y del trabajo industrial; desaparición gradual de las diferencias entre la ciudad y el campo; educación pública y gratuita de todos los niños; abolición del trabajo de éstos en las fábricas y combinación de la educación con la producción material.

Excluída la primera de dichas medidas —la más esencial de todas—, entre las restantes figuran varias que posteriormente pusieron en práctica Gobiernos capitalistas.

POR QUE SE LLAMO "COMUNISTA" EL MANIFIESTO

Las perspectivas que, tras todo ello, dibujaron Marx y Engels fueron éstas: "Una vez desaparecidos los antagonismos de clase en el curso de su desenvolvimiento, y estando concentrada toda la producción en manos de los individuos asociados, entonces perderá el Poder público su carácter político. El Poder público, hablando propiamente, es el poder organizado de una clase para la opresión de otras. Si el proletariado, en su lucha contra la burguesía, se constituye fuertemente en clase, si, por una revolución, se erige en clase dominante, y como clase dominante destruye violentamente las antiguas relaciones de producción, destruye, al mismo tiempo que éstas, las condiciones de existencia del antagonismo de clases, destruye las clases en general y, por lo tanto, destruye igualmente su propia dominación como clase. En reemplazo de la antigua sociedad burguesa, con sus ideas y sus antagonismos, surgirá una asociación en que el libre desenvolvimiento de cada uno será la condición del libre desenvolvimiento de todos."

Un país inmenso, Rusia, ha realizado la revolución así diseñada, pero a costa de anular la libertad individual —"el libre desenvolvimiento de cada uno"—, imposibilitando, en consecuencia, "el libre desenvolvimiento de todos". ¿Admitirían los eminentes filósofos que en tales términos se produjeron hace un siglo que el colectivismo fuese pagado a precio tan oneroso como el de perder por completo la libertad? Presumiblemente no, pues ellos querían ir por el Socialismo a la libertad plena, basando en la libertad económica las demás libertades.

A partir del 14 de marzo de 1883, fecha del fallecimiento de Marx, los prefacios de nuevas ediciones del Manifiesto Comunista son obra exclusiva de Engels, quien en el primero que le toca escribir a él solo, cuando sobre la tumba de Marx, en Highgate, "verdea ya el primer césped", repite, como aclaración, esta idea del maestro: "La clase explotada y oprimida no puede emanciparse de la clase que la explota y oprime sin emancipar al propio tiempo a toda la sociedad, y para siempre, de la explotación, de la opresión y de la lucha de clases.

El Primero de Mayo de 1890, Engels pudo decir con exactitud: "La historia del Manifiesto refleja en cierto modo la historia del movimiento obrero desde 1848. Actualmente es, sin duda, la obra más difundida, la más internacional de toda la literatura socialista, el programa común de millones de obreros de todos los países, de Siberia a California."

Engels explicó entonces por qué se dió la denominación de comunista al Manifiesto: "Cuando apareció no pudimos titularlo Manifiesto Socialista. En 1847 se comprendían bajo el nombre de socialistas dos grupos especiales: de un lado los partidarios de diferentes sistemas utópicos, particularmente los owenistas en Inglaterra y los fourieristas en Francia, que no eran ya, unos y otros, sino simples sectas agonizantes, y de otro lado los múltiples curanderos que querían, con sus variadas panaceas y con toda clase de remedios, suprimir las miserias sociales sin tocar al capital ni a los beneficios. En ambos casos eran gentes que vivían fuera del movimiento obrero y que buscaban apoyo entre las clases "instruídas". En cambio, los trabajadores que, convencidos de la insuficiencia de simples mudanzas políticas, querían transformar fundamentalmente la sociedad, se llamaban entonces comunistas. Era un comunismo apenas elaborado, instintivo y, a veces, un poco grosero... El Socialismo representaba en 1847 un movimiento burgués; el comunismo, un movimiento obrero. Y como nosotros opinábamos que la emancipación de los trabajadores debe ser obra de los trabajadores mismos, no vacilamos sobre la denominación que escogeríamos."

UNION Y DESUNION DEL PROLETARIADO

El Manifiesto contiene una sola exhortación, expresada en sus palabras finales: "¡Proletarios de todos los países, uníos!" Respondiendo a este llamamiento, el 28 de septiembre de 1864, los obreros de casi todos los países occidentales de Europa constituyeron la Asociación Internacional de los Trabajadores, que sólo vivió nueve años. A esa Primera Internacional, disuelta por profundas desavenencias entre el alemán Marx, socialista, y el ruso Bakunin, anarquista, siguió la Segunda, quebrantadísima por la guerra 1914-18 y totalmente desbaratada por la contienda 1939-45. Es la que ahora se pretende reconstituir, habiéndose dedicado inútilmente al proyecto de reconstitución varias conferencias durante el año 1947 en Londres, París y Amberes. La Tercera Internacional es la patrocinada por los comunistas, la que éstos simularon disolver desde Moscú para engañar al resto de las naciones aliadas, y la que acaba de asomar descaradamente en el Cominform de Belgrado.

El anarquismo causó pocos estragos en cuanto a la división del proletariado. Los libertarios nunca llegaron a crear núcleos poderosos. Ultimamente, el anarquismo se refugiaba en Italia y España, más vigoroso en esta nación que en aquélla. En el resto del mundo, se esfumó casi por completo. Cosa muy distinta ha sido, por sus devastadores efectos, la escisión promovida por el comunismo, quien dirigió su ofensiva más que contra los capitalistas, contra los socialistas. Minar y destruir las organizaciones de éstos constituyó y constituye su principal objetivo desde hace veintisiete años. Su encono lo concentró contra la socialdemocracia alemana, y al socavarla, facilitó el advenimiento de Hitler. De la reciente hecatombe mundial son responsables en alto grado los comunistas por dos motivos: porque frustraron el esfuerzo de los socialdemócratas germanos —"socialtraidores", según su vocabulario injurioso— para mantener un régimen democrático en tan adelantadísimo país, y porque Stalin se alió con Hitler, alentándole a la guerra.

En los partidos socialistas de Europa han hecho más daño los comunistas con la infiltración que con la agresión, tácticas que usan alternativamente. Resquebrajaron el partido socialista francés que ahora, reaccionando con tardanza contra ellos, pretende curarse de heridas que él mismo se produjo con absurdas condescendencias. Hicieron añicos el partido socialista italiano, consiguiendo una inclinación mayoritaria favorable a ellos. En otras naciones del viejo Continente, incluso Alemania, han conseguido, por coacción, aglutinaciones bajo rótulos donde la palabra "socialista" sólo sirve para encubrir la mercancía staliniana. En los países escandinavos apenas han podido hincar el diente. Inglaterra les resulta invulnerable. En España, después de feroces agresiones que duraron de 1921 a 1936, sin omitir calumnias ni regatear asesinatos, fingieron contactos amistosos para cuya consecución emplearon las artes del halago. Pero eso se liquidó después de nuestra guerra civil, expulsándose del Partido Socialista a elementos comunistoides que, capitaneados por Juan Negrín y Julio Alvarez del Vayo, recibieron y reciben, aunque ahora pretendan disimularlo, muchas caricias moscovitas, doblegándose a ellas hasta el punto de que, en agosto de 1939, silenciaron cobardemente toda condenación del monstruoso pacto Stalin-Hitler. Graves torpezas de las democracias occidentales fomentan inconscientemente el comunismo español, pues se desampara a los socialistas y demás demócratas genuinos mientras los comunistas disfrutan el auxilio eficaz y constante de la U. R. S. S.

Sin los quebrantos que al Socialismo europeo causó el comunismo, la paz en aquel Continente, y en el mundo entero, estaría asegurada. La dictadura hitleriana se engendró con apoyos comunistas desde dentro de Rusia y desde fuera de Rusia.

La clase obrera, esencialmente pacifista, sufrió dos tremendos fracasos al no impedir las dos espantosas guerras mundiales del presente siglo, y el Socialismo se debilitó con su colaboración en Gobiernos de tipo capitalista. Marx y Engels no previeron que los trabajadores, constituyéndose en partidos de clase, arrebatarían las masas a los partidos liberales y que, consiguientemente, se verían obligados a participar en Gobiernos burgueses para no dejarlos en manos reaccionarias. Era fatal esta cooperación si se quería seguir el consejo marxista de que el proletariado prescinda de adueñarse del Poder mientras carezca de condiciones para manejar por sí solo la máquina del Estado. ¿Qué hacer cuando se carece de fuerza para tal adueñamiento, pero se tiene bastante para impedir retrocesos políticos? Utilizarla en participaciones ministeriales, con objeto de asegurar, aunque a costa de graves desgastes, un mínimo de libertad.

EL PROGRESO SOCIAL, OBRA DE LOS SINDICATOS

Cuantas mejoras lograron los trabajadores en el siglo que ha corrido desde la publicación del Manifiesto Comunista, o Manifiesto Socialista, como más a gusto lo hubieran titulado sus autores, fueron obra de los trabajadores mismos, todas ellas conquistadas mediante la fuerza de los sindicatos, que recibieron inspiración de partidos de clase, de partidos socialistas. En cierto discurso analicé el fracaso del anarquismo y del catolicismo, con palabras que no voy a repetir. Ni las acciones terroristas ni las predicaciones caritativas sirvieron prácticamente para nada. Es tan fuerte el egoísmo que prepondera sobre el peligro de perder la vida en la tierra y la gloria en el cielo. La fuerza sindical arrancó y consolidó cuantas ventajas disfruta hoy la clase trabajadora.

Durante medio siglo —el próximo año 1949 celebraré mis bodas de oro con el Partido Socialista Obrero Español y con la Unión General de Trabajadores de España— he sido actor en la lucha del proletariado español, predominantemente en Vizcaya, donde más pronto y con más empuje comenzó la pelea, mediante grandes huelgas de mineros, iniciadas en 1890. Puedo asegurar, en calidad de testigo de mayor excepción, que nunca hicieron concesiones voluntarias los patronos, ni siquiera por caridad, atendiendo los consejos de León XIII en su célebre encíclica "Rerum Novarum". Siempre cedieron a la fuerza. Alguna otra vez registré el hecho singular de que dos de aquellas huelgas formidables las resolvió el ejército —el ejército de entonces, de raíz liberal ya carcomida—, quien, reconociendo la razón que asistía a los obreros de las minas, hizo doblar las rodillas a la clase patronal, constituída por orgullosas Compañías extranjeras y por patanes españoles, soberbiamente endiosados a virtud de rápido y deslumbrante enriquecimiento. Primero, el general Loma impuso por medio de un bando la supresión de cantinas y barracones obligatorios, signo de oprobiosa esclavitud, y después, el general Zappino, redujo, con otro "ordeno y mando", brutales jornadas de trabajo.

Un obrero representaba para el propietario de la mina bastante menos que un caballo o un asno de los dedicados a transportar mineral y escombros. Si cualquier barreno, disparado sin precaución, despanzurraba a un animal de tiro había que hacer desembolsos para comprar otro en la feria. En cambio, si despedazaba a un hombre, la sustitución de éste no exigía el pago de media peseta, bastando con llamar a uno de los labriegos famélicos que la esteparia Castilla lanzaba hasta Vizcaya en busca de trabajo y de pan, y que esperaban en largas filas. Mancos y cojos, mutilados por explosiones y derrumbes, invadían los caminos y formaban coros gemidores en las romerías. Del hospital iban a la calle, sin recibir unas míseras monedas de socorro.

A un gobernante conservador, don Eduardo Dato, corresponde la honrosa iniciativa de la ley de Accidentes del Trabajo, por la cual las familias de obreros muertos comenzaron a percibir indemnizaciones que mitigaban algo su desgracia, y los mutilados supieron que piernas y brazos arrancados por la dinamita, valían unos cuantos reales. Los capitalistas españoles no tuvieron la elegancia de acoger aquella ley, ni la de Reglamentación del trabajo de mujeres y niños, con aplauso caluroso o silencio discreto. En el Parlamento hicieron lo imposible para estorbarlas, y luego cuanto pudieron para incumplirlas.

APOSTOLES HUMILDES

En mi retina quedaron para siempre imágenes de abnegados luchadores que, entre increíbles sacrificios, abrieron paso a las reivindicaciones proletarias. ¡Magnífica legión de apóstoles la de los hombres sencillos que en aquellos durísimos tiempos predicaban el ideal socialista! Entre las imágenes recordadas, destácase la de Eduardo Varela.

El sentimiento de clase entre los jornaleros de las minas de Vizcaya lo despertó Varela. A un asalariado de entonces le habría resultado imposible la perseverancia que tamaña empresa exigía, porque el boycot patronal se la hubiese impedido, expulsándole, por hambre, de la cuenca de Triano. Varela no era un asalariado; tampoco capitalista, ni perteneciente a la clase media. Dedicábase a vender novelas por entregas y libros a plazos. Todo su capital encerrábase en un lío de lienzo, repleto de cuadernos literarios, folletos filosóficos y tomos de historia. Con el fardo a cuestas y apoyándose en recia cachava, subía desde Somorrostro, Pucheta y Ortuella, a Gallarta, Labarga y La Arboleda, y aun ascendía hasta las altas cumbres de Sopuerta y Galdames, peregrino del socialismo.

Cada visita suya a aquellos sórdidos barracones, donde, para consumar su explotación, se albergaba forzosamente a los trabajadores, convertíase en aleccionadora conferencia a cargo del errabundo librero. Candiles humeantes alumbraban la escena. Entonces trabajábase de sol a sol, sin más horas de reposo que las nocturnas.

Abiertos así los primeros surcos, Varela esparció luego la simiente de su palabra germinadora, desde tablados, ventanas y balcones, en las plazas de aquellas barriadas rojas; rojas como los montes que se agujereaban y achataban al serles arrancada la rica mena; rojas como los escombros que, creciendo, formaban colinas nuevas con el apiñamiento de tierra inservible; rojas como los lavaderos de mineral, donde el agua parecía sangre...

Frecuentemente coincidían en cañadas y vericuetos el librero peatón y un mercero ambulante que, algo más holgado de recursos, cargaba telas y quincalla sobre los lomos de cansino mulo. Juntos seguían camino, departiendo, no sobre negocios sino sobre ideas. Aquel mercero, Facundo Alonso, elegido por los trabajadores de La Arboleda, fué el primer concejal socialista de San Salvador del Valle y uno de los primeros ediles del Partido Socialista en España.

Más tarde, Varela pasó de Vizcaya a Asturias, y allí recorrió los negros valles hulleros con igual comercio y el mismo afán catequista. En Asturias una terrible dolencia le dejó sin vista. Ya no podía ir solo a repartir entregas y vender folletos, pero aún era útil para la propaganda, y no hubo pueblo carbonero donde no encontrara eco la palabra fogosa del tribuno ciego...

Valdrán mucho los sabios teorizantes que, cual Carlos Marx y Federico Engels, levantaron los cimientos del Socialismo científico; pero para mí son más admirables los humildes apóstoles que, como Eduardo Varela, entregaron cuerpo y espíritu a una propaganda que entonces tenía por premio miserias y cárceles.

CAMINO QUE RESTA POR ANDAR

En los cien años que van de enero de 1848 a enero de 1948 se anduvo muchísimo camino en orden a progresos sociales. El obrero ya no es una bestia, o menos que una bestia, como todavía lo era hace media centuria, cuando yo empecé a alternar con los trabajadores de Vizcaya, que, años después, me confiaron su representación en las Corporaciones locales y en el Parlamento. Queda aún camino por andar, pero bastante menos. La parte peor está recorrida. Sería el camino restante más llano, si Rusia, país donde se ha realizado la revolución social, garantizase efectivamente la libertad de sus nacionales, si, como los autores del Manifiesto Comunista deseaban, asegurase el libre desenvolvimiento de cada uno, condición del libre desenvolvimiento de todos, y si, además, aboliera sus designios imperialistas. Federico Engels escribió en 1893: "Sin la independencia y la unidad de cada nación, es imposible realizar la unidad internacional del proletariado ni la cooperación consciente de las naciones en objetivos comunes." Rusia se empeña en olvidarlo.

¿Hasta cuándo?

LA FARSA LEGITIMISTA

No podrán quejarse don Alvaro de Albornoz y quienes con él comparten su desventurado periplo ministerial de que no se les hayan otorgado todos los márgenes apetecibles de tolerancia en el desempeño de la gran misión que echaron sobre sus hombros con singular denuedo. De tolerancia, decimos, y no de confianza porque, en lo que a confianzas atañe, el señor Albornoz y sus amanuenses saben que no cuentan con ninguna, a no ser la bonachona e inocua de quien finge el papel de presidente de una República en efigie. Ni la del Parlamento, que no fué solicitada, sistema novísimo y prudente que evita el riesgo de una negativa; ni la de los partidos políticos más importantes por su representación y por su número; ni la de las organizaciones obreras; ni la de la opinión pública no clasificada. Pero al señor Albornoz y sus compañeros de rebotica les basta, por lo visto, con la confianza que ellos se otorgan, tan amplia que elimina y hace innecesarias las ajenas. Tal vez les venga esa fe en sí mismos, que se traduce en un empecinamiento inquebrantable, de la literatura perpetrada "a manu servi" por los turiferarios de cámara para ensalzar y esclarecer unas empresas gubernamentales en las que es menester insistir con la serena firmeza de quien tiene por delante los caminos de la eternidad. Por lo pronto no ha faltado quien —con sincera convicción, confesémoslo— ha querido reforzar los entusiasmos legitimistas con el ejemplo de los judíos, cuya constancia a través de los siglos se ha visto, al fin, premiada con la posesión gozosa —y sangrienta— de Palestina. Cuando precisamente se acepta que el caso español y el caso judío son iguales, ¿qué importa el tiempo?

Al señor Albornoz y sus atareados ministros nada, desde luego. Lo están probando con su perseverancia en seguir el rumbo sin fin de la inanidad. De otro modo, ¿con qué ánimos se atrevería el señor Albornoz a pronunciar discursos retumbantes en que, como represalia contra la desdeñosa actitud de las grandes potencias para con el Gobierno republicano, anuncia su propósito de atizar la lucha violenta contra Franco en el interior? No se dirá que los ministros no trabajan, negados a todo amago de cansancio. ¡Lástima que sus esfuerzos no sean reconocidos ni agradecidos por cuantos, un poco menos impávidos o estoicos que quienes nos recomiendan tomar lección en el éxodo israelita, sentimos la culpable impaciencia de retornar a España poniendo fin al drama que la desgarra! Pero así es, y de ahí que nosotros consideremos largamente agotados todos los plazos que la tolerancia más generosa pudiera conceder para demostrar la imposibilidad absoluta de resolver ni ayudar a resolver el problema de España por la vía legitimista. Después de la experiencia realizada por el señor Albornoz y de los acuerdos de la O. N. U., el Gobierno republicano es ya algo peor que una entelequia: es un estorbo con el cual vamos a tropezar constantemente y que no va a producir más que estragos, el menor de los cuales acaso sea el de convertir en motivo de irrisión para los extraños lo que para los españoles es dolor profundo y lacerante. El sainete y la tragedia hacen mal acomodo, y a la hora presente, ese afán heroico de sobrevivirse que el Gobierno demuestra no pasa de ser trance jocoso, ribeteado de grotesco que desentona mucho del dramático sufrimiento a que la mayor parte de los españoles nos vemos sometidos. Lamentamos mucho ver convertido en personaje central al señor Albornoz, cuya historia y méritos —él debe saber que nuestras palabras son sinceras— merecían mejor empleo. No podemos, sin embargo, ser más papistas que el Papa, y tampoco está a nuestro alcance sacar del error a quienes hacen del error su bandera. Pero tenemos derecho a pedir que la farsa termine porque su prolongación compromete no ya el interés de sus actores, sino el de los que somos espectadores a la fuerza. Compromete, sobre todo, el porvenir de España y las posibilidades de recuperación de la República, aunque otra cosa crean, o proclamen, los legitimistas. Cosas todas ellas con las cuales no se puede —no se debe, señor Albornoz— hacer paso de comedia.

REUNION DE LA AGRUPACION SOCIALISTA

Interesante Proposición del Comité

El domingo día 25 del pasado enero, celebró asamblea ordinaria esta Agrupación.

Bajo la presidencia del compañero Juan de los Toyos fueron aprobadas las actas anteriores, así como las cuentas correspondientes al cuarto trimestre del pasado año.

Se aprobaron las altas de los compañeros Luis Plazas Martínez, Agustín Martínez López, Francisco Gamez Heras todos ellos procedentes de Francia así como la de Valentín Mar Morera, procedente de Casablanca (Marruecos. Se dió cuenta de las bajas habidas durante el citado trimestre, que fueron, las de José Fernández Madrid y Luis Prieto Cerezo por fallecimiento; las de Natura García Climent, Agustín Sebastian Traver por traslado a Venezuela y Pedro Martull y Luis Menacho por marcharse a España.

El comité dió cuenta de numerosa e interesante correspondencia que había sido tramitada durante el trimestre así como de su gestión que fué aprobada por unanimidad.

A continuación el comité presentó a la asamblea la siguiente proposición:

"En el diario EXCELSIOR de esta capital correspondiente al día 23 de este mes, aparecen unas declaraciones del compañero Indalecio Prieto de las que se desprende que unos documentos políticos del Partido, relacionados con el cumplimiento de los acuerdos adoptados por la asamblea de delegados que el Partido celebró en Toulouse los días 25 y siguientes del mes de julio pasado, no obstante el carácter privado y secreto de los mismos, han sido entregados a la publicidad, con lo que además de quebrantarse las más elementales normas de reserva en asunto de tantísima importancia, se han proporcionado elementos valiosísimos al traidor Franco respecto de gestiones encaminadas a su derrocamiento.

Con ser gravísimo el hecho de dar a la publicidad tales documentos, lo es mucho más la falsedad que se ha realizado al modificar premeditadamente el texto de los mismos, como igualmente es grave el concepto desfavorable que sobre la seriedad de nuestro Partido pueden haber formado las fuerzas políticas que con nuestros representantes han tratado sobre el problema de España.

Por lo expuesto, y sin extendernos en mayores consideraciones, proponemos a la asamblea se sirva acordar dirigirnos a la Comisión Ejecutiva del Partido en el exilio pidiéndole que con la mayor diligencia posible inicie las averiguaciones necesarias para determinar cómo ha podido suceder hecho tan inaudito, jamás conocido en la ya larga historia de nuestro Partido, y si la responsabilidad recayera en afiliados al mismo, que inmediatamente se les abra el oportuno expediente por traidores y falsarios.

Del resultado de estas averiguaciones la Comisión Ejecutiva dará cuenta en el próximo Congreso del Partido.

Por último, que de este acuerdo el comité de la Agrupación pase conocimiento a los órganos del Partido en España".

Una reunión trascendental

La UGT debe estar presente

MIAMI, FLORIDA, 4 de febrero.—Matthew Woll, presidente de relaciones obreras internacionales de la A. F. L. (American Federation of Labor), informó anoche al Comité Ejecutivo de la Federación haber recibido la seguridad de las Federaciones obreras de los dieciséis países beneficiarios del Plan Marshall de que se reunirán en Bruselas el próximo mes, con el fin de expresar su aprobación al programa de rehabilitación europea de los Estados Unidos.

Las invitaciones a la reunión serán hechas por los países del "Benelux", y las organizaciones obreras francesas y británicas han expresado su conformidad a la reunión.—FRANCE PRESS.

No escapará a ninguno de nuestros lectores la importancia de la noticia contenida en el anterior telegrama de prensa. Las organizaciones obreras de las dieciséis naciones europeas incluídas en el Plan Marshall van a reunirse en Bruselas el próximo mes de marzo para hacer pública declaración de conformidad con el mismo. La trascendencia de tal declaración es evidente. Mediante ella, si llega a producirse, la clase obrera organizada de los países europeos, con excepción de aquellos que, de grado o por fuerza, giran en la órbita de Rusia, va a definir su actitud en el problema que hoy constituye el eje de la política internacional, definición que, por otra parte, ni gobiernos, ni pueblos, ni organizaciones obreras, ni partidos políticos, singularmente los partidos socialistas, podrán eludir a plazo más o menos largo, pero en todo caso corto. Desde luego nosotros no somos de los que la eluden. Al revés, nos hemos apresurado a dar nuestra opinión sin esperar a que nadie nos la requiriera. Por toda clase de razones y conveniencias, España debe estar comprendida en el Plan Marshall. No la España franquista, repudiada unánimemente y cuya aceptación sería una infamia que deshonraría al Plan Marshall y les quitaría toda autoridad moral a las NN. UU., sino una España libertada y devuelta a sus derechos de ciudadanía. Mas ya que la España de hoy no puede sumarse a las dieciséis naciones europeas beneficiarias del Plan Marshall, las organizaciones obreras españolas sí deben estar presentes, siquiera sea de manera simbólica, en la reunión de Bruselas. Al menos, la U. G. T. debe reclamar su derecho a ser convocada y a que la voz de sus representantes se escuche en una asamblea que puede tener —repetimos— trascendentalísimos alcances. Es, en cierto modo, un compromiso que la España republicana, a través de sus organismos obreros, cuya autenticidad nadie puede discutir, adquiere con las democracias, a cambio, naturalmente, de que las democracias sepan corresponder a esa actitud.

Panorama desolador

ESPAÑA, FRANCO Y LA DEMOCRACIA

por Benito Bua RIVAS

Contra el buen deseo de todos los españoles y la esperanza pueril de quienes sueñan —o soñaron— una nueva era imperial para nuestra patria, España hállase actualmente a un paso de la bancarrota. Ni siquiera los comentarios pagados por el franquismo consiguen dar carácter de verosimilitud a la pretensión oficial de que el mundo imagine lo contrario. A pesar de sus esfuerzos en tal sentido, los servicios de propaganda del gobierno faccioso de Madrid no aciertan sino a proclamar que España se encuentra en quiebra. Y según las noticias que diariamente proporciona al público hispanoamericano la llamada Radio Nacional de España, en nuestra patria urge, tanto como suprimir el mercado negro, incrementar la producción agrícola en más de un cien por ciento; electrificar, regar e industrializar amplias zonas del país, aunque no dicen cuáles; abrir nuevas vías de comunicación carretera y reparar las que ahora se hallan maltrechas, esto es, la casi totalidad de ellas; cambiar la mayoría de nuestros caminos de hierro, prácticamente inservibles, a juicio del anciano Guadalhorce; adquirir locomotoras y vagones en cantidad suficiente para sustituir a los que se encuentran desvencijados, que son, al parecer, el noventa por ciento de cuantos están en servicio activo; comprar automóviles, camiones y otros vehículos de tracción a motor; recuperar todos los mercados exteriores que se perdieron en el curso de los últimos doce años; conseguir el retorno de los técnicos españoles que Falange y gran parte de los jefes y oficiales del Ejército obligaron a huir al extranjero, y... obtener créditos internacionales lo suficientemente voluminosos para salvar a la nación de un colapso económico fatal. En otras palabras: nuestra patria carece hoy, por obra y gracia de la salvaje actitud de quienes han amordazado la voluntad nacional, de lo más indispensable para intentar el debido aprovechamiento de sus recursos naturales.

Triste y desconsoladora es la semblanza que de la economía actual de nuestro país hace diariamente la propaganda franquista. Y no vale que pretenda sembrar confusiones por medio de piadosos testimonios falsos, fruto de mezquinas exigencias partidaristas. Pese a todas sus glorias pasadas y a la indudable capacidad que para la agricultura y la industria tiene el pueblo que en su suelo vive muriendo, España no representa en esta hora —con gran pesar lo escribimos— más que un cero a la izquierda en el libro de notas de las cancillerías del orbe. Sin duda por eso es también, en este momento angustioso, un Estado que busca a la deriva y sin probabilidades de éxito la amistad imposible del bloque democrático.

En efecto, contra la propia naturaleza del régimen, la diplomacia franquista trata de captarse la simpatía de la liga anglo-americana a expensas del temor que dicha liga parece tener a las probabilidades de una infección comunista en nuestra patria. Los franquistas aseguran que en plena libertad política no tardarían en adueñarse de España los agentes del gobierno moscovita. Pero tanto los ingleses como los americanos se resisten a ser convencidos de que la persistencia de un Franco vil en el Poder sea el único medio de evitar la infiltración comunista en suelo español; antes por el contrario, unos y otros creen que cualquier gobierno genuinamente demócrata podría acabar mejor con los gérmenes de agitación comunista en España. Y no ignoran que si a nuestro pueblo volviesen a brindársele oportunidades para elegir libremente sus gobernantes, en el acto quedarían al margen de la ley quienes, cual comunistas y fascistas, sólo ven en la libertad democrática un camino seguro para intentar destruirla impugnemente.

Si como todo obliga a suponer, la diplomacia franquista no logra llegar al corazón de sus colegas anglo-sajones enarbolando la bandera antisoviética, trabajo cuesta admitir que realice sus deseos colmando de elogios a la Casa Blanca y al buen sentido político del pueblo inglés. Porque quienes siendo ingleses o americanos posean un adarme de sensibilidad, difícilmente podrán olvidar los ataques verbales —y las pedradas— que el Estado español dirigió a Inglaterra y Estados Unidos, a partir del día en que Franco comenzó a ejercer la tiranía en nuestro país.

A tales antecedentes, por sí solos capaces de impedir que la diplomacia franquista tenga éxito en su gestión de acercamiento a Estados Unidos y Gran Bretaña —gestión que se lleva a cabo sin la menor reserva y con absoluta falta de respeto para la supuesta dignidad del gobierno de Madrid— debe sumarse la circunstancia de que España se halla todavía sometida a la dictadura de unos cuantos desalmados. Contra ellos han combatido los ejércitos anglo- americanos simbólicamente, al enfrentarse en los campos de batalla con las fuerzas del totalitarismo italo-alemán. Y cometerían una grave ofensa a la justicia los gobernantes americanos e ingleses si, escarneciendo la memoria de cuantos murieron en defensa de la libertad, consintiesen ahora en apuntalar al más cruel, despreciable y odioso de los regímenes dictatoriales europeos.

Luminarias Parisinas

Tregua hasta la Temporada de Primavera

por José M. AGUIRRE

París, febrero 5.—Tras una sesión agitada de la Diputación Permamente, celebrada el domingo último, dicha entidad acudió a visitar al Presidente interino de la República exiliada, ante el que ha protestado de la marcha del señor Albornoz a Venezuela.

No sólo los miembros de la Diputación Permanente han tratado de impedir que el jefe del Gabinete en el destierro emprendiera una nueva excursión por el nuevo continente. También muchos de sus ministros. Pero las razones que a sus colaboradores ha dado el señor Albornoz han sido estas: México inicia una lenta, pero cierta y desagradable evolución en sus relaciones con el Gobierno republicano español. Es preciso tratar de desviar los acontecimientos a fin de evitar que supusisen un nuevo desastre diplomático, que en el caso de México sería definitivo para las instituciones en aquel país recompuestas en el verano de 1946. Por otra parte, el Gobierno de Venezuela parece que ha cursado una invitación personal al señor Albornoz para que asista a la toma de posesión del Presidente Rómulo Gallego. Venezuela es, en orden a importancia, el segundo país hispanoamericano que tiene relaciones con los órganos exiliados de la II República. Cuando el Presidente Alemán se posesionó de sus funciones, no sólo estuvo presente en el ceremonial el jefe del Gobierno exiliado, sino también el Presidente de la República. La Administración venezolana podría resentirse si el jefe del Gobierno republicano no acudiese en persona a presenciar la subida al Poder del Presidente Gallego. Tales razones, desarrolladas por el señor Albornoz en el Consejo de Ministros en apoyo de su tesis excursionista, convencieron a sus compañeros de Gabinete y, al parecer, a otras personalidades.

Quienes no se han convencido tan fácilmente han sido los miembros de la Diputación. Claro es que el señor Albornoz estima que este organismo no puede funcionar con plenitud de derecho —aparte de que no disfruta las atribuciones que las Cortes tienen en el sentido de otorgar o negar confianzas—, porque muchos de sus diputados lo son con carácter de suplente, y la función de éstos tiene un tiempo limitado desde el punto de vista legal. Así, se creyó en el caso de no acudir a la reunión del domingo.

En cambio acudió en la noche del lunes a la estación aérea de los Inválidos, desde donde dejó Francia hasta la primavera próxima.

Con ello el Gobierno y las demás instituciones se otorgan a sí mismos unos meses más de vida y de tranquilidad.

La Diputación Permanente, que agitada por los comunistas y por los amigos del doctor Negrín, había adoptado posiciones audaces, se plegó en retirada ante una propuesta más audaz aun de Amador Fernández, que en síntesis consistía en que las funciones del organismo en cuestión quedasen virtualmente en suspenso, así como los sueldos de los diputados.

Naturalmente. Amador quedó en minoría.

De tal modo se desliza en el tiempo ese pequeño mundo oficial del republicanismo español desterrado, que tan pronto como llegue la temporada de operaciones se dispone a transformar en conflicto el problema político de la desventurada España.

Pasión de rencor

Historiadores contra la Historia

En el mes de agosto o septiembre de 1939, recién llegado a México, escribí la crónica que sigue, con los títulos que conserva, destinada a un periódico semanario que debía aparecer en fecha inmediata en París. El propósito se frustró y la crónica quedó inédita. No hubiera salido nunca a luz si no fuera porque el traslado de los restos del historiador mexicano don Carlos Pereyra, muerto en Madrid, a su patria, la actualiza. El señor Pereyra publicaba por entonces en *El Universal* una serie de artículos que encerraban incomprensible saña contra los republicanos españoles, que sólo deferencias tuvieron para él. Ningún insulto le parecía excesivo al señor Pereyra, que vivía asilado en nuestra tierra y protestaba, en cambio, de que se nos diera acogida en la suya. Dábase por inmolado —afortunadamente con error— a Rafael Henche. Y el trato injurioso que le deparaba el señor Pereyra me movió a la réplica, de la que no he corregido ni una sola coma. Con motivo del traslado de los restos de don Carlos Pereyra a México, suceso que Franco ha convertido en medio de propaganda, como ha hecho con el viaje del "Veracruz", alguien ha dicho que el señor Pereyra tenía contraídos méritos muy grandes con España y con los españoles. Es posible. Pero entre los españoles hay uno, por lo menos, que no se siente obligado, mucho ni poco, a enaltecer y rendir homenaje al señor Pereyra, cualesquiera que sean sus valores intelectuales, harto deleznables cuando les falta emoción justiciera y liberal. Ese español soy yo.—MANUEL ALBAR.

Carlos Pereyra, por quien yo sentía gran reverencia literaria, nos anuncia un libro. Un libro sobre España que será —dice el autor— libro de "pasión y verdad". Presumo que de mala pasión y de ninguna verdad, según el anticipo que el autor nos hace a través del artículo periodístico que motiva esta réplica. La escribo —fuerza es consignarlo— no sin pena. Siempre es doloroso constatar que hombres de la categoría intelectual de Pereyra son capaces de bellaquería. La verdad, sin embargo —esa verdad que Pereyra promete en un prólogo lleno de mentiras—, obliga a no andar con rebozos. Y sé desde ahora que el libro que Pereyra piensa publicar será, de punta a cabo, un centón de embustes en los que campee la pasión del rencor. Me basta un solo detalle para saberlo: el que se refiere al último alcalde de Madrid, Rafael Henche de la Plata, ya fusilado, al que Pereyra se permite insultar, después de muerto, con una inelegancia ejemplar. De esos biógrafos que Pereyra, burlonamente, supone le saldrán a Rafael Henche, yo soy uno. Acaso el primero. De ningún modo el último. Yo le aseguro a Carlos Pereyra que el nombre de Rafael Henche de la Plata —¡qué fácil es, señor Pereyra, ironizar sobre este segundo apellido!— reúne más méritos de los que él imagina. Lo extraño es que los desconozca el señor Pereyra, que ha vivido en Madrid —y no lo fusilaron, ni lo encarcelaron, ni lo sometieron a tormento, ni sufrió vejaciones, a pesar de que sus deudos combatían al lado de Franco— los meses más angustiosos de la guerra, que no fué provocada por nosotros, sino por el grosero soldadote que el ilustre historiador señor Pereyra se dispone a cantar con letras de romance para enseñanza de los americanos y vergüenza suya...

* * *

El ilustre historiador señor Pereyra, habitante voluntario de Madrid, se queja, entre burlas innobles, de que Rafael Henche les proporcionara a los madrileños "pepinos y collejas". No sé si el señor Pereyra ha querido hacer un juego de palabras. Es posible. Quien se atreve a jugar con la reputación de los muertos —y muertos a mano airada— bien puede jugar con los vocablos. Lo cierto es que en Madrid padecíamos hambre, sin que se adviertan los motivos por los cuales el señor Pereyra, historiador ilustre —que se ha olvidado de que la Historia reclama perspectiva—, hubiera de ser una excepción. Padecíamos hambre, y de nuestra hambre hicimos, al revés del señor Pereyra, un timbre de orgullo. Pudo el señor Pereyra, habitante de Madrid en aquellos días de angustia, elegir otro tema mejor o tratarlo, siquiera, de otro modo. Pudo, por ejemplo, hablar del cerco que las tropas de Franco le tenían puesto a Madrid para impedir, precisamente, su abastecimiento, ya que fueron incapaces de tomarlo por armas; pudo referirse a los bombardeos aéreos, realizados cuando Madrid no tenía defensa en el aire, que hicieron de la ciudad, durante unas cuantas noches, un inmenso incendio; pudo también aludir al fuego de la artillería que diariamente, y a lo largo de muchos meses, destrozaba viviendas y regaba de muertos las calles de Madrid. Probablemente el señor Pereyra, que vivía a extramuros de Madrid, y sin molestias —salvo las molestias de la escasez, que tanto le enconan cuando están pasadas—, no haya sentido personalmente la angustia de esos episodios. Yo sí. Yo recuerdo la noche en que un proyectil de cañón vino a caer sobre el tejado de nuestra vieja casa de la calle de Carranza —mil metros escasos, en línea recta, de las líneas de combate—, donde seguía establecida la redacción de "El Socialista". Las cañerías del agua se rompieron. Se apagaron las luces. Y al amparo de una vela escribí yo aquella noche, mientras continuaba disparando, sin batalla ni blanco objetivo, la artillería de Franco, un artículo en el que solicitaba de mis lectores serenidad y conducta limpia... Pero mis recuerdos que, bien ordenados, podrían componer un libro —seguramente más sincero que el que promete el señor Pereyra—, no terminan ahí. Recuerdo también, y el recuerdo me acompañará toda la vida, una tarde de sol, cuando el vivir tiene en Madrid aire de gozo, en que otro proyectil de la artillería franquista, disparado a la buena de Dios —y por Dios—, dió en el centro de un corro de niños que jugaban a la "pájara pinta" en la calle del Ferrocarril. Diecinueve cuerpecitos destrozados fueron recogidos después. Y yo he visto en aquella ocasión a Rafael Henche —ese alcalde ridiculizado por el señor Pereyra y que tenía una entereza que el señor Pereyra quisiera para sí— llorar. Por mi mente pasaron —no sé por qué— aquella tarde soleada de Madrid, vestida de lutos infantiles, los versos admirables dedicados por Amado Nervo a los cadetes de Chapultepec:

"Septiembre estaba en flor...
¡y ellos morían!"

* * *

Sí, yo soy un panegirista de ese alcalde de Madrid, fusilado por los facciosos y ridiculizado por el ilustre historiador señor Pereyra. En Madrid mismo, si los habitantes de Madrid pudieran hablar, serían muchos los que asumirían, gustosos, el papel de abogados suyos. Rafael Henche —"ese sujeto", según definición literaria del señor Pereyra— no sólo hizo esfuerzos desesperados y logrados, en gran parte, para que el abastecimiento de Madrid, dentro de las privaciones que la guerra exigía fuera regular, sino que tuvo el atrevimiento de enfrentarse, públicamente, con el egoísmo y la pereza de algunos Sindicatos. En los Sindicatos se había forjado, precisamente, la personalidad de Rafael Henche. De uno de ellos, el de Artes Blancas de Madrid, fué alma y rector durante muchos años. Y ese Sindicato de Artes Blancas —de tradición socialista y gobernado por socialistas— supo hacer, durante la guerra, una tarea abnegada y silenciosa gracias a la cual Madrid no careció de pan ni conoció jamás el pan negro que ahora, bajo la venturosa égida de Franco, comen, malcomen o no comen los madrileños. Pero de esas cosas no entiende ni quiere entender el señor Pereyra, tristemente ganado para las falanges del odio. La Historia, cuando se escriba, y se escriba con pasión de verdad, no con estímulo de rencores, consignará alabanzas para hombres como Rafael Henche, que la hicieron a costa de su vida, y se olvidará, por fortuna, de los Pereyras que la deshacen.

Ante el Congreso del P. S. O. E.

Proposiciones de la Agrupación de México y nombramiento de Delegados

El sábado, día 7 del corriente mes, celebró nuestra Agrupación una asamblea extraordinaria para examinar el contenido de la Memoria que la Comisión Ejecutiva de nuestro Partido en el exilio, presenta al Congreso ordinario que ha de celebrarse a fines de marzo en Toulouse (Francia).

El Comité sometió a la consideración de la asamblea un documento-informe en el que hacía un breve resumen de la actuación sobre los problemas políticos que se han planteado al Partido y el criterio que sobre los mismos ha mantenido reiteradamente, y que fueron siempre aprobados al someterlos a la consideración de las juntas generales.

Apremios de espacio nos impiden dar una mayor amplitud a este informe, que recoge todas las actuaciones habidas entre el pasado Congreso y el que próximamente va a celebrarse en Toulouse, y nos limitamos a reproducir las conclusiones que como mandato han de llevar nuestros delegados al Congreso. Son las siguientes:

Primera. Manifestar inconformidad con la gestión política de la Comisión Ejecutiva, basándola en los antecedentes que dejamos expuestos.

Segunda. Reiterar la posición de la Agrupación Socialista Española en México, en cuanto al problema político de España se refiere, expuesto repetidas veces, concretándole en la presente ocasión con la solidaridad más perfecta con los acuerdos que a este respecto tomó la Asamblea de Delegados celebrada en julio pasado, que deben ser ratificados por el Congreso, así como con las gestiones, derivadas de aquellos acuerdos, que vienen realizando los compañeros que integran la Comisión especial del Partido.

Tercera. Reclamar de la Comisión Ejecutiva el resultado de las averiguaciones que solicitábamos en nuestro acuerdo del 25 de enero último, respecto de la publicidad dada a un documento reservado del Partido.

Cuarta. Con respecto a los demás puntos del orden del día del Congreso, facultar a nuestra representación para que se pronuncie conforme le dicte su mejor leal saber y entender.

Tanto el informe en su totalidad como las conclusiones que dejamos expuestas, fueron aprobadas por unanimidad y sin la menor nota discrepante.

A continuación los compañeros Cándido Busteros y Lucas Ortiz, presidente y secretario, respectivamente, del Grupo Socialista Vasco de esta Agrupación, por mehan de llevar nuestros delegados al Congreso. Son las

Primera. Que nuestro delegado al próximo Congreso convocado por nuestro Partido, solicite de la Comisión Ejecutiva los informes precisos sobre los motivos por los cuales los socialistas colaboran al lado de los comunistas en el Gobierno Provisional del País Vasco, contraviniendo los acuerdos adoptados en el Congreso celebrado en 1946 y en la Asamblea de Delegados del año último en Toulouse.

Segunda. Que nuestro delegado pida al Congreso que, en cumplimiento de dichos acuerdos, cesen inmediatamente en sus cargos de consejeros del Gobierno Provisional del País Vasco, y de cuantos organismos en que haya comunistas, los representantes socialistas.

Después de señalar, los autores de la precedente proposición, que ésta coincide exactamente con los acuerdos tomados por los compañeros del Grupo Socialista Vasco en la Argentina, la proposición fué aprobada por unanimidad.

A continuación se pasó al nombramiento de delegados al Congreso para que representen a esta Agrupación, y por unanimidad fueron elegidos los compañeros siguientes: Indalecio Prieto, Víctor Salazar, Rafael Fraile, Amador Fernández y Antonio Fernández Bolaños.

Y agotado el orden del día, el compañero Juan de los Toyos, presidente de la asamblea, levantó la sesión.

PERDIDA SENSIBLE

HECTOR PEREZ MARTINEZ

El pasado jueves, día 12, falleció en Veracruz, a consecuencia de una afección cardíaca, don Héctor Pérez Martínez, secretario de Gobernación en el Gobierno de don Miguel Alemán y hombre de muy relevantes cualidades por su rectitud de conducta, su firmeza de pensamiento y sus altas prendas literarias. Su producción de escritor ocupa un lugar muy destacado en las letras mexicanas. Dos de sus últimos libros, las magníficas biografías de Cuauhtémoc y de don Benito Juárez, justifican todas las alabanzas que pudiéramos escribir en homenaje al joven político y literato desaparecido.

Era, además, Pérez Martínez uno de los mejores y más cordiales amigos que en México hemos tenido los republicanos españoles, para los cuales guardó siempre las mayores pruebas de estimación y respeto, dictadas por su amor a España y su devoción por los ideales republicanos y liberales.

El entierro, celebrado el viernes, constituyó una imponente manifestación de pesar, a la que se sumaron, en gran cantidad la mayoría de los españoles republicanos residentes en la capital. Con estas sencillas palabras rendimos testimonio de gratitud a la memoria de Héctor Pérez Martínez.

El miedo de realizar acciones bajas e indignas, es valor. — BEN JONSON.

Biblioteca de "ADELANTE"

MIS TRATOS CON LOS COMUNISTAS, por Luias Araquistáin	$ 1,00
INTERVENCION SOCIALISTA EN LOS AYUNTAMIENTOS, por Andrés Saborit	" 1,00
EN LA LINEA DE PABLO IGLESIAS, por José Gregori	" 1,00
JESUS HERNANDEZ Y NEGRIN CONTRA LA UNION NACIONAL ESPAÑOLA	" 0,50
INFORME ANTE LA JUNTA DE REFORMAS SOCIALES, por Jaime Vera	" 1,00
PABLO IGLESIAS. SU VIDA Y SU OBRA, por Julián Zugazagoitia	" 1,00
MANIFIESTO COMUNISTA	" 2,00
FRANCISCO LARGO CABALLERO	" 3,00
EL 2.º CONGRESO DEL PARTIDO SOCIALISTA OBRERO ESPAÑOL en el exilio	" 3,00
VOCES SOCIALISTAS	" 2,00
EL P. S. O. E. Y LA U. G. T. FRENTE AL PROBLEMA POLITICO ESPAÑOL	" 2,00
"LA LOZANA ANDALUZA" (literatura clásica española)	" 1,50

De venta en la Secretaría de la AGRUPACION SOCIALISTA ESPAÑOLA.

Bar-Restaurant-Cantina
CENTRO REPUBLICANO ESPAÑOL
Tacuba 15, altos
Lunch comercial. Cubierto.
Comidas a la carta.
Mariscos. Café express. Vinos y licores de excelentes marcas.
Aperitivos.
Comodidad y Economía

MATERIALES ELECTRICOS Y ARTICULOS PARA REGALOS
INSTALACIONES ELECTRICAS
VOLTA
RAMON GUZMAN, 35
TELEFONOS: MEX.: 36-96-84 ERIC.: 16-11-74

FARMACIA
CELTA
DE PRIMERA CLASE
Bolívar, 60.—MEXICO, D. F.
Tels.: Mex. J-63-99.—Eric. 13-30-08
SERVICIO A DOMICILIO
Competente personal para el exacto despacho de prescripciones facultativas.—Abierto hasta las 2 p. m.

SASTRERIA MODERNA
Compañero, no hagas tu traje sin antes visitar la
Sastrería Moderna
ARGENTINA 17, Dés. 10
Teléfono 12-71-16

HOJALATERIA, LAMPISTERIA Y ESTAÑERIA DE
PEDRO PEREZ
Construcción de toda clase de Faroles para Ferrocarriles, Buques y Minas, Extinguidores contra incendios, DE HIERRO, LATON Y COBRE
Fábrica de botes para leche, estañados, todas formas y medidas.
Botes sanitarios y toda clase de artefactos de lámina estañada.
SOLDADURA ELECTRICA Y AUTOGENA
Eric. 10-15-95
Revillagigedo 75.—MEXICO, D. F.

PAL MEX
ENCARGOS PARA EUROPA
Calle Cuernavaca, núm. 108, local 7.—Teléfono 28-89-92.
PRECIOS PARA ESPAÑA

1 kilo de café	$ 7.50	1 kilo de azúcar	$ 7.50
1 kilo de arroz	„ 7.50	1 kilo de garbanzos	„ 8.00

Por cada kilo de ropa usada que usted nos traiga para enviarlo a España, cobraremos $ 7.00.
Envíos para todos los demás países, con un pequeño aumento de precio.

Fábrica General: Plata No. 70. Teléfono Eric. 15-23-80 Observatorio Tacubaya.
Mosaicos en toda clase de colores y dibujos. — Mosaicos de granito. — Azulejos.- Losetas de barro.
MOSAICOS VALENCIA S. A.
IMITACION CANTERA PARA REVESTIMIENTO DE FACHADAS
MEXICO, D. F.